

Primer Domingo de Adviento - Mt. 24, 37-44

Quienes hemos podido compartir la vida y el cuidado de un recién nacido, o hemos acompañado de cerca los últimos días de quienes están por morir, sabemos que estas presencias tan vulnerables y necesitadas agudizan nuestra capacidad de estar en vela, de percibir susurros y movimientos, de dormir con un solo ojo, sin llevar cuenta de las noches y los días que estemos sin el descanso necesario. Porque la vida que nace, a esta vida o a la definitiva, requiere de personas capaces de estar en vela para asegurar el cuidado amoroso y disponible. Esa es la invitación de este primer domingo del tiempo de Adviento: **estar despiertos**.

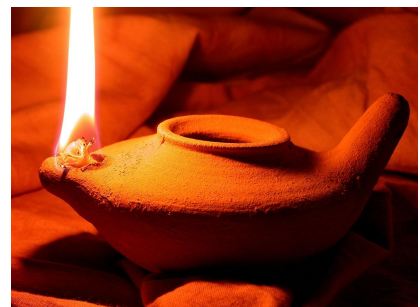
El Adviento viene a desempolvar en nosotros esa capacidad de seguir naciendo un poco cada día, de abrirnos con cariño y paciencia a lo que dentro de cada una, cada uno se va gestando con tiempo, y que requiere, como un parto, dejar atrás modos de ser y estar en lo que nos toca vivir, para ser y estar de otra manera.

Jesús vivió así, dispuesto a madurar su ser y su misión en contacto con quienes lo rodeaban: creció en sabiduría y en gracia acompañado por María y José; ahondó en su experiencia de ser hijo amado junto a su primo el Bautista; descubrió dimensiones más profundas de su misión ante la fe de la sirofenicia y del centurión que piden la curación de sus seres queridos, y experimentó la hondura de lo humano a través del sufrimiento, en el huerto y en la cruz.

Hoy podemos prepararnos para recordar el nacimiento de Jesús en Navidad atentos a esos otros partos cotidianos que van dando a luz lo más hondo que hay en nosotros. Para ello nos podemos ayudar comunitariamente a reconocer que somos **siempre aprendices**, con posibilidades de cambio y de volver a empezar. Este modo de situarnos nos posibilita disfrutar de los pequeños logros, como compañeras y compañeros de camino.

También podemos animarnos a **cultivar el asombro** ante las posibilidades de vida que se abren paso, incluso en medio de las situaciones más difíciles y dolorosas.

Y empeñarnos juntos y juntas a **ensanchar el nosotros** con gestos y decisiones capaces de proximidad, porque es allí, en la experiencia fraterna, donde vamos dejando nacer lo más humano que nos habita.



¿Qué queremos dejar nacer en nosotros en este Adviento, para celebrar con alegría al *Dios con nosotros*?

Carina Furlotti